

III. CRITICA

De Re islámica en Aragón.

Exposiciones e investigaciones sobre la cultura islámica aragonesa

- AA.VV.: *La Cultura Islámica en Aragón* [Catálogo exposición], ed. a cargo de José Luis CORRAL y F.º Javier PEÑA. Ed. de la Diputación Provincial de Zaragoza, 1986. 173 págs. Ilustraciones.
- ESCO, Carlos; GIRALT, Josep y SENAC, Philippe: *Arqueología islámica en la Marca Superior de Al-Andalus* [Catálogo exposición]. Ed. de la Diputación Provincial de Huesca, Huesca, 1988. 186 págs. Ilustraciones.
- AA.VV.: *Arte, Tecnología y Literatura hispano-musulmanas* [Catálogo exposición], de *II Jornadas de cultura islámica*, Teruel, 22/25 septiembre 1988.

Es cierto que cualquier investigador que se halle interesado por temas culturales islámicos se habrá percatado que es cada vez más frecuente la difusión y el interés suscitado por éstos.

Parece como si hubiera un cierto afán y preocupación por recuperar un tiempo perdido. A ello se une en gran parte de España una atracción por el pasado hispanomusulmán y una visión desmitificadora de la Reconquista cristiana. Durante muchos años, la lucha secular establecida entre moros y cristianos se vio teñida de aspectos religiosos exarcebados y en muchos casos del sello de Cruzada que nunca existió en este país, salvo contadas excepciones y más por influencia europea.

De esta manera, y sin caer en la caricatura, pero más por causa de ese movimiento pendular que parece sacudir cada cierto período de años las visiones y metodologías históricas, *ahora se lleva lo musulmán*, y de este modo, todas las visiones e investigaciones inciden en resaltar la importancia y peculiaridad de esta cultura islámica.

Si bien esta visión puede redundar en que los nuevos estudios aportarán otras formas de comprender la cultura hispanomusulmana, también existe el peligro de que toda aportación en el plano documental o metodológico conlleve una determinación a priori. Algo así como llega a suceder en algunos lugares del Levante Español, donde durante muchos años las anuales fiestas de moros y cristianos culminaban en la victoria de los últimos y en la toma por éstos del baluarte defensivo del lugar, mientras que ahora se da el caso contrario y en muchos sitios hay que dejar a la suerte o a un turno rotatorio el que triunfen moros o cristianos.

En los últimos años, han sido frecuentes los temas de investigación sobre el mundo y la cultura islámica en Aragón, algunos a nivel general,

como los propiciados por los Coloquios de Arte Aragonés y otros de manera monográfica, como los Simposios sobre Arte Mudéjar en los que el Mudéjar Aragonés contó con cierto número de trabajos, así como con la participación de expertos en el tema, radicados en esta zona, y que formaron uno de los grupos más importantes.

Paralelo a ello, la publicación de algunos trabajos monumentales, bien sobre *La Techumbre Mudéjar de la Catedral de Teruel* o bien sobre *El Arte Mudéjar Aragonés*, se ha unido a nuevos descubrimientos arqueológicos del mundo islámico. Sean por un lado, los trabajos emprendidos en la Aljafería de Zaragoza por Juan Antonio Souto y luego concluidos por Manuel Martín Bueno, o los interesantes hallazgos en el subsuelo de la Seo de Zaragoza, realizados por el primero de estos investigadores y que han dado luz a la primitiva construcción de la mezquita mayor zaragozana.

En la misma línea arqueológica, los hallazgos de la muralla y recinto islámico de Huesca, realizados por Carlos Escó, así como la delimitación y excavación de numerosos yacimientos de este período vienen a unirse a muchos otros trabajos arqueológicos en los que se encuentra presente el Departamento de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza, así como algunos investigadores de Borja y Tarazona cuyos frutos pueden verse en publicaciones periódicas como *Cuadernos de Estudios Borjanos* o *Turiaso*.

Fruto de esta inquietud y de la coordinación de José Luis Corral Lafuente y Francisco Javier Peña Gonzalvo surgió un trabajo de conjunto, bajo el título de *La Cultura Islámica en Aragón* que acompañaba a una exposición monográfica, ampliamente documentada con imágenes y planos y que tuvo lugar en 1986. Los apartados de este texto y exposición contemplaban cronológicamente los diferentes períodos de influencia islámica en Aragón y sus huellas artísticas o arqueológicas: Aragón islámico (s. VIII-XII), Aragón Mudéjar (s. XII-XIV). Aragón Mudéjar (s. XIV-XV), Aragón en el Renacimiento (s. XVI), Aragón Barroco (s. XVII-XVIII). Aragón Contemporáneo: Neomudéjar y Postmudéjar (s. XIX-XX).

En este trabajo de equipo intervinieron, aparte de los editores citados, Carlos Bressel Echeverría, María José Cervera Frás, Carlos García Toledo y José Miguel Pinilla Gonzalvo, que utilizaron asimismo el archivo del arquitecto Manuel Lorente Junquera y otros proyectos y planos del Colegio de Arquitectos de Aragón, de la Diputación y de la documentación de los Centros de Estudios Darocenses y Turiasonenses.

Así como la documentación gráfica es muy completa y de bastante calidad y en ello también tiene que ver el material fotográfico de J. Paricio, desde las primeras páginas se deja traslucir un cierto interés en demostrar la importancia y lo genuino de la presencia islámica en Aragón. Ello conduce a afirmaciones un tanto rotundas como que las únicas ciudades que hallaron los árabes eran Zaragoza, Tarazona y Huesca, por el mero hecho de ser sedes episcopales y que las nuevas ciudades formadas dejaron pronto manifestar su importancia viaria aparte de su estrategia defensiva. Más ¿es

fácil olvidar la existencia de poblaciones como Celse, Segeda, Salduie, Bilbilis, Alaún o Contrebia?, ¿o pensar que habían quedado reducidas a pequeños asentamientos agrícolas? ¿No nos han quedado las suficientes huellas de aquellos asentamientos agrícolas o de aquellos pequeño-latifundistas, llamados Atilio en Sádaba y Sofuentes, Chiprana en Caspe y Emilios en Fabara?

Es evidente que las huellas visigodas no pueden hoy ya reducirse a Zaragoza, cuando lugares como Cuarte, Utebo o Bilbilis no sólo muestran la huella romana en sus nombres, sino que también han ido dando material arqueológico visigodo. Otro tanto habría que considerar con algunos de los yacimientos altomedievales excavados por Carlos Escó en Huesca.

La huella dejada por los musulmanes en la toponimia es mucho más rica y amplia de lo que puede parecer el análisis ofertado por el catálogo de la exposición y si no bastaría con una lectura nueva de un clásico como Asín Palacios que no aparece en la bibliografía, que sólo contará con la aportación toponímica de un artículo de Souto Lasala.

El tema arquitectónico es el que desvela mayores contradicciones, en especial con respecto a la aportación de Javier Peña Gonzalvo que llega a calificar de islámicas del siglo XI algunas construcciones de ladrillo, bien conocidas por su cronología dentro del período mudéjar y en torno al siglo XIV. El caso de los posibles alminares musulmanes como las torres mudéjares de Ateca, la de la Magdalena de Zaragoza, la de Aniñón, la de Romanos, la de Belmonte, la de Pina, la de Terrer y la de Alagón entre otras, puede sumarse al de las atalayas que se sitúan en el camino Zaragoza-Valencia: Longares, Encinacorba y Romanos, como si sólo hubiera sido el siglo XI el único período conflictivo entre ambas zonas limítrofes.

Convendría recordar de nuevo los sistemas defensivos que tienen su asiento en algunos famosos templos mudéjares, sea el de las torres-puerta en Teruel o las iglesias-fortaleza del arcedianato de Calatayud y que jugarán un papel importante en la guerra de los Dos Pedros (1356-1369).

Algunas afirmaciones llegan a asombrar cuando se pretende convertir en torre del siglo XI la conocida como de los Espejos de Utebo y cuando se hace resto de dependencias de la mezquita mayor zaragozana la capilla de D. Lope Fernández de Luna y el muro de la parroquia de la Seo. La interpretación que en un artículo más reciente, en la revista *Tusiaso VII* (1987), se ha hecho por Javier Peña Gonzalvo lleva a afirmaciones como que la cúpula de mocárabes de la mencionada Parroquia es obra del siglo XI.

Una tan completa producción artística en el período taifa aragonesa, tanto en obras religiosas, como militares, lleva a plantear si no es exceso de fervor y credulidad de lo que es humanamente imposible realizar en tan poco tiempo y poco realismo si atendemos a la situación social y económica de los taifas aragoneses.

Es evidente que se han logrado grandes e importantes aportaciones en

el campo de la arqueología islámica aragonesa y en especial en temas como la arquitectura militar, sean los estudios de Albarracín (torre del Andador), Calatayud (recinto islámico de Muhammad I), correspondientes al período califal y emiral. Si bien se salvó el arco califal de la Seo de Huesca, se ha perdido el taifa de Maleján y de la misma manera, un edificio tan importante como la Aljafería de Zaragoza ha perdido su entidad arqueológica y espacial al haber crecido dentro de ella un moderno edificio para Cortes de Aragón que dicho de una forma rápida y un tanto chusca, le sienta como «*a un Santo Cristo, dos pistolas*». No han respetado los arquitectos los espacios vacíos tan importantes en la arquitectura islámica y mucho menos han acometido una labor de urgencia y de justicia como era salvar las obras de los Reyes Católicos en el Palacio de la Aljafería, donde habrían tenido, si no acomodo espacioso, sí al menos honroso, las Cortes de Aragón. La Historia nos confirmará o nos quitará la razón.

De igual manera que a lo largo del amplio catálogo de edificios islámicos se hace mención de muchos mudéjares, sin que haya que olvidar que una cosa es que una iglesia se construya sobre un solar de una mezquita, otra que se reutilicen los materiales constructivos y otra que su trazado, muros, sistemas de apeo y cubierta sean los mismos o, cuando menos, se hallen enmascarados en el interior. Esta es confusión que a menudo se deja sentir dentro de la concepción arqueológica que preside la obra. Unas veces son las fuentes documentales las que prueban el cambio de lugar y función del edificio, otras son las reformas y adaptaciones, visibles en la obra y otras son las concepciones espaciales y arquitectónicas las que dan alguna luz al respecto. Dicho de forma más abreviada, hay que utilizar la metodología adecuada al estudio y en todo caso proveerse de una cierta capacidad de sorpresa.

Por lo que atañe a la cerámica musulmana de Aragón se intuyen formas locales y una posible tipología propia con respecto a la definida como de Al-Andalus, pero sin embargo no se llega a una propuesta clara. En el campo de las artes decorativas y con el único análisis del esenciero de Albarracín, que se reconoce toledano, y un amuleto de Tarazona, ya que en las artes de la madera no llega a especificarse nada y las yeserías taifas tan importantes se olvidan por completo, se recoge una afirmación que por rotunda, merece una mención. «*La arqueología es la mejor técnica para dar a luz el mayor número posible de elementos de este tipo (las artes decorativas), por lo que cuando ésta se desarrolle para el Aragón islámico la situación cambiará notablemente*».

Trabajos que luego analizaremos como el de *La Arqueología islámica en la Marca Superior de Al-Andalus*, vienen a sistematizar algunas de estas propuestas. Pero de la misma forma que es cierto que la arqueología medieval se abre camino en Aragón, no se puede olvidar que otras metodologías y técnicas en el análisis artístico o lingüístico de la obra de arte han comenzado a tener también vigencia.

Tanto el capítulo segundo como el tercero de la obra se dedican al Aragón Mudéjar en dos etapas a las que no se define, pero que podrían estar delimitadas por la obra de Teruel en sus iglesias y torres y las relativas al período de la guerra de los Dos Pedros. Un punto importante del primero de los períodos es el relativo a las mezquitas mudéjares de las que se citan y estudian dos: Torrellas y Tórtoles. En la primera nada hace sospechar la utilización como mezquita, correspondiendo más la planta y alzado ofrecidos a un templo cristiano de tres naves con decoraciones de yesería mudéjar. En la segunda de ellas, la documentación ofrecida y el tema del mihrab podrían ser una prueba.

No me parece que haya que echar las campanas al vuelo o mejor en este caso las voces de los almuédanos al aire para sospechar que todo templo con bóveda de lunetos enmascara una mezquita: Gelsa, Villanueva de Jalón, Nigüella, Mesones, Lumpiaque, Luceni..., y que sin embargo se olvide el edificio estudiado por Souto Lasala en Villalba de Peregiles.

Creo por otra parte, que los inicios de la arquitectura cristiana medieval son hijos del arte románico, como prueban las obras comenzadas en este estilo en Daroca, Tarazona y la Seo de Zaragoza. El tema también tiene sus paralelos en tierras de Castilla. Y curiosamente, lo que aquí se apunta como crisis económica es algo común a ambos lugares y que tiene ya su origen en la guerra promovida entre ambas comunidades y en la posterior situación civil.

Dentro de esa problemática político-militar tienen cabida las torres mudéjares de Teruel, por un lado en cuanto a su validez defensiva y por otro en cuanto a su imagen artística que las hace diferentes a otras obras mudéjares, pero que repite estructuralmente el concepto de torre dentro de una torre según la tipología almohade. Nada nuevo se aporta en relación a la techumbre mudéjar de la catedral de Teruel que se data de fines del siglo XIII y en relación con la pintura gótica internacional.

En el apartado destinado al Aragón mudéjar de los siglos XIV y XV se señala que la construcción tipificada de este momento, consistente en los corredores embutidos en los muros que ocultan los contrafuertes y dan aspecto de fortaleza a los templos, se repite una técnica islámica de la Marca Superior. Sin embargo, ningún ejemplo al respecto se menciona y los historiadores de arte bien saben que estas tipologías arquitectónicas ya tienen sus orígenes en el románico normando y una amplia continuidad y desarrollo en el gótico francés de Albi.

Las iglesias de una nave única, correspondientes a este período ya fueron bautizadas como iglesias-fortaleza y puestas en relación con la situación militar que vivió la zona en la segunda mitad del siglo XIV. Por ello no sería muy explicable que se construyesen este tipo de iglesias defensivas en este período y hubiera que admitir que gran parte de sus torres eran alminares o atalayas taifas. Sin embargo, se vuelve de nuevo en estas páginas al tema de los alminares del siglo XI, estableciéndose que el paralelo

existente entre torres como las de S. Andrés y Sta. María de Calatayud, así como las de Utebo y Albalate hace a todas sospechosas de ser alminares, cuando se trata de obras del siglo XVI.

En el apartado de las iglesias mudéjares de tres naves en esta etapa se vuelve a insistir en la reutilización de mezquitas anteriores, caso de S. Andrés de Calatayud y Miedes, mientras que en otras, como la Magdalena de Tazazona se reconoce la anterior ubicación del edificio musulmán. En el apartado de las torres correspondientes a los siglos XIII y XIV se sigue la clasificación estructural de Borrás Gualis y el planteamiento ya anterior de Iñiguez Almech, pero se vuelven a catalogar algunas torres, al menos en su cuerpo bajo como alminares: Sta. María de Ateca, Longares, Tauste, la Magdalena de Zaragoza y la vieja de la Seo de Zaragoza, desestimándose los argumentos formalistas.

En cuanto a la arquitectura civil, la falta de una tipología uniforme alegada por los autores, impide dar una caracterización e incluso una cronología. Sin embargo, hay elementos en cuanto a la estructura: patio, accesos, plantas, temas ornamentales y cubiertas de madera que sí que permiten un análisis más concienzudo. Con ello se da hasta cierto punto una contradicción en lo afirmado y una repetición posterior.

Un análisis de los temas ornamentales, como el ladrillo, la yesería y la carpintería ocupa varias páginas y se ilustra al respecto, aunque se manifiesten algunas lagunas importantes como la relativa al mobiliario mudéjar: órgano de S. Pedro de los Francos o sillas de S. Juan en Calatayud... La obra de Mahoma Rami es puesta en relieve, pero no convendría olvidar a otros conocidos maestros mudéjares, como Muça Abdolmalih, Ali Darocano, Farag el Rubio...

Los siguientes apartados sobre el mudéjar aragonés durante el renacimiento adolecen de edificios representativos, dadas las constantes por definir como obras del siglo XI algunas del siglo XVI. Por lo demás son las obras de este período más definibles y datables por documentación y poco se puede aventurar o especular con ellas. No se hace tampoco mayor alusión a temas ornamentales e icónicos de algunos palacios mudéjares renacentistas como la casa Zaporta o el palacio de Luna en Zaragoza. Hay sin embargo una cierta preocupación por el tema urbano en casos como Borja o en Pedrola y un apartado dedicado a las casas consistoriales y a los edificios destinados a Lonjas.

El análisis ornamental de este momento tampoco merece mayor comentario y en él se tratan temas y materiales como el ladrillo, la madera o el yeso sin hacerse una puntualización más detallada, quizás por ser obras con más parentesco iconográfico occidental. La cerámica tiene su apartado específico en relación con la de Calatayud, Muel, Teruel y Zaragoza, así como otros focos secundarios que se apuntan o dejan en el aire.

Un apartado dedicado a la cultura mudéjar y a la literatura aljamiada se hacen presentes, el segundo de ellos con gran precisión, si bien no se

menciona un clásico de la literatura morisca de Aragón, el viaje de Puey Monzón.

El Mudejarismo que pervive en el arte barroco aragonés es algo que ya había sido mencionado por Iñíguez Almech y en especial en lo referente a las bóvedas de yesería con tema de lazos y que son harto frecuentes en iglesias de la zona. Quizás un tema importante sea el de la expulsión de los moriscos aragoneses y su presencia en el Norte de Africa y en especial en Túnez. Su aportación al urbanismo de Tastûr y localidades cercanas con temas como la presencia de plazas, los alminares decorados al exterior a la manera de torres aragonesas y la nota anecdótica del reloj en alguno de tales alminares son buena prueba de tal influencia, que en muchos casos se ha querido ver turca, como sucedió en un reciente congreso sobre urbanismo islámico, celebrado en Zaragoza y que trataremos más adelante. Posiblemente y en clave de humor como se planteó en el coloquio posterior, aparte de arte turcomano, haya que admitir un arte *turcomano*.

Los temas urbanos y civiles predominan en el apartado del Aragón barroco y con ellos un análisis de influencias o temas ornamentales que cada vez se alejan de la geometría para recoger algunos motivos de la iconografía de la época.

Un último apartado, dedicado al Aragón neomudéjar y postmudéjar se hacía necesario, dada la persistencia de algunos temas y la moda puesta al día en el siglo XIX. La aceptación del mudéjarismo de ladrillo para algunos edificios públicos de fines del XIX y comienzos de nuestro siglo es buena prueba de la vigencia artística islámica en Aragón. De la misma manera, que el neomudéjar se hace estilo paralelo y muchas veces se deja manifestar con el modernismo, la influencia posterior del racionalismo en arquitectura le dará una nueva visión artística, así como la reconstrucción de iglesias tras la guerra civil dará lugar a unos híbridos de arte mudéjar y de barroco italiano.

Quizás sea la Feria de Muestras de Zaragoza un punto de arranque para entender el fenómeno que los autores del catálogo bautizan como postmudéjar y que tiene en las obras de Torreciudad y en la reforma de Tarazona su más cercana manifestación.

Un último apartado, dedicado a las invariantes de la arquitectura mudéjar y su proyección fuera de los límites regionales relaciona algunas obras del sur de Navarra, Cataluña y el País Vasco, allí donde la vinculación histórico-cultural ha sido real, de la misma forma que la presencia del mirador en otras regiones de la geografía española es más que discutible.

La conclusión de que la arquitectura islámica de la taifa de Zaragoza va a ser la raíz de la arquitectura civil de los siglos XV y XVI y alcanzar a todo el país, así como la personalidad histórica de Aragón (antes de la absorción castellana de 1711), tema que me suena oído en otro lugar, son aspectos que no se pueden dejar caer en aras de un nacionalismo o regionalismo trasnochado. Es evidente la huella de la arquitectura islámica en

el arte mudéjar aragonés, como también son reales las presencias de otros estilos y manifestaciones artísticas occidentales. En ello reside la grandeza y genialidad de este arte y su pervivencia. La cultura islámica en Aragón es elemento importante, pero no único, aunque pretendan demostrar lo contrario algunas interpretaciones metodológicas que se atribuyen a la arqueología medieval y sus recientes descubrimientos.

Un segundo estudio y exposición que merece tratarse en esta reseña sobre las últimas investigaciones de tipo arqueológico acaecidas en tierras aragonesas y en este caso catalano-aragonesas es el Catálogo de la Exposición *Arqueología Islámica en la Marca Superior de Al-Andalus*. Sobre la exposición poco puedo afirmar ya que la conocí en un grado tal de uso que era un homenaje a la confusión. Tras su paso por tierras catalanas, los rótulos se mezclaban y faltaba la mínima coherencia a la hora de exponer piezas con sus respectivos dibujos, orígenes y datos arqueológicos. No dudo que en su origen el montaje haya sido más correcto y estos fallos no existieran, pero en su presencia en la sala de exposiciones del Museo Arqueológico Nacional durante el verano de 1988, fecha única para que se enteren de ella nuestros turistas japoneses y algún que otro europeo, la muestra no sólo era inconexa, sino que lo de la Marca Superior de Al-Andalus sonaba a los visitantes como aquella de Penpenski Vir que también pasó por estas salas.

El Catálogo editado por la Diputación de Huesca y obra de Carlos Escó, Josep Giralt y Philippe Sénac ofrece una rica documentación no sólo fotográfica, sino documental y de dibujos de todo tipo. Lástima que la documentación cartográfica no haya tenido la misma fortuna, quedando reducida a un sólo plano esquemático y a algunas fotos aéreas.

Tras una introducción acerca de la delimitación de la Marca Superior se analiza su espacio y organización a través de lo aportado por las excavaciones más recientes en ciudades como Zaragoza, Tudela, Calatayud, Huesca, Daroca, Barbastro, Lérida, Tortosa, Balaguer y otras localidades de tipo rural. Tanto aspectos relativos a la sociedad, la economía y la política se apuntan a nivel documental, como otros tienen una mayor definición, como es el caso de la historia.

La huella cultural se extrae de estudiar los vestigios materiales, arqueológicos y algunos de tipo documental como son la toponimia, el folklore o las tradiciones. Sin embargo, si bien se hace una puntual definición sobre los vestigios arquitectónicos del mundo islámico y su delimitación tipológica y material, se admiten como alminares musulmanes las torres de Belchite y Longares, así como originalidad tipológica de la arquitectura de ladrillo los edificios de Aniñón, Longares, Encinacorba, Romanos y Terrer. Temas ya señalados en la reseña del libro anterior.

Por lo que respecta a lo arqueológico se comienza a hacer hincapié en las producciones cerámicas y numismáticas propias de la zona, si bien se

repite el consagrado tópico de la cerámica dorada de Calatayud, del que no existe más que una afirmación documental sin mayores pruebas.

Por lo general, los yacimientos excavados tienen una cierta modernidad en lo que se refiere a los trabajos realizados, ya que muchas excavaciones no son anteriores a 1982 y ello es buena prueba de lo fresco de los datos aportados. Tan sólo el Castell Formos de Balaguer puede retrotraerse a 1967-1972 en cuanto a excavaciones llevadas a cabo y que aún están en estudio y que se unen a las de Giralt entre 1982-1987.

Ciudades como Lérida, Tarragona o Tortosa también han conocido trabajos de este tipo que vienen a clarificar algunos temas. Huesca y yacimientos del entorno con trabajos de Carlos Escó y Philippe Sénac han ofrecido una visión nueva de la presencia islámica en la zona. En Zaragoza, Aljafería y Seo, son los trabajos de Juan Antonio Souto los que han dado a conocer algunos aspectos desconocidos como la entrada en recodo del palacio taifa y los restos de la primitiva mezquita mayor zaragozana. En otros lugares de Zaragoza son las excavaciones y sondeos de José Luis Corral y de diferentes integrantes de los Centros de Estudios Borjanos y Turiasonenses los que han llevado a cabo nuevos trabajos en Maleján y Daroca.

A la introducción histórico-arqueológica mencionada se une un amplio catálogo de objetos y piezas obtenidos en excavaciones, así como algunas de museo. Estas piezas se clasifican según su función en: elementos arquitectónicos, cerámica y metales. Entre los primeros destacan los elementos de las primitivas mezquitas de Tudela y Zaragoza, así como algún otro de arquitectura civil de Lérida y de la Aljafería. Los fragmentos de yesería citados de Balaguer son ya conocidos en parte por los trabajos de Christian Ewert publicados en 1979.

La Cerámica tiene una amplia clasificación según formas tipológicas y dentro de los apartados: ataifores, jofainas, fuentes, cazuelas, alcadafes, jarras, jarritas, jarros, jarritos, redomas, tazas, orzas, ollas, tinaja, jarrón, vaso, candiles, tapaderas, arcaduz y útiles de alfarero.

Algunas piezas parecen mostrar su procedencia por comercio, caso del ataifor de Alberuela de Tubo y otras su relación y peculiaridades con respecto al mundo califal cordobés, como algunas piezas del Antic Portal de la Magdalena de Lérida. Hay piezas cerámicas que llaman la atención por su calidad, caso del ataifor de la calle Pelaires de Tudela, que también podría ser objeto de comercio exterior.

Predominan piezas de uso y cocina sin vidriar, junto con jarras y jarritas de Lérida o Balaguer, junto con alguna mínima representación oscense. Este mismo predominio catalán se da también en el caso de otros elementos como redomas, dependiendo posiblemente en muchos casos del número de yacimientos y las características de éstos, por lo que hay que tener cuidado con las conclusiones rápidas y más en las que se pretende convertir a la arqueología medieval en disciplina única y determinante.

La numismática también hace referencia específica a dos yacimientos:

Huesca y Castellón, Puibolea. Con lo que tampoco se puede llegar a conclusiones definitivas. Otras piezas metálicas son de temática animal y el esenciero denominado de Albarracín cierran la relación de objetos del catálogo y la exposición, así como el soberbio tiraz del siglo XI, procedente de la iglesia de Colls en Puente de Montañana, Huesca y que fue hallada en un relicario cristiano durante la redacción del Catálogo Monumental de Huesca. Hay asimismo algunas piezas un tanto extrañas que responden a las formas de vida y diversión de aquellas poblaciones islámicas, y en todo caso a su propia conformación cultural. Entre ellas se encuentran una piedra de anillo, un dado de marfil, una cabecita de terracota y otros elementos óseos entre los que destaca un aligato para aprendizaje de escolares de las primeras letras arábigas.

Otro Catálogo y Exposición que también han tenido asiento en tierras aragonesas, si bien de forma general, ya que abarcaban el arte, la tecnología y la literatura hispanomusulmanas es la muestra que ha tenido lugar en Teruel entre septiembre y octubre de 1988, programada por el Instituto Occidental de Cultura Islámica, y que se acompañaba de un ciclo de conferencias y unas jornadas gastronómicas.

Zaragoza, Albarracín y Denia han sido los enclaves que han centrado la reunión, y en los que por textos de José María Viladés Castillo, Antonio Almagro Gorbea y Josep Gisbert y Vicent Bruguera han cobrado cuerpo con relación a las obras expuestas. Junto a ello se han expuesto algunas piezas relacionadas en el tiempo y el espacio, ya los manuscritos de Almonacid de la Sierra, que son obra de inicios del XVII y numerosas piezas lapidarias de Valencia, entre las que destacaba la pila de Játiva. Y de la misma manera algunas piezas de yeso de Zaragoza, procedentes de la Aljafería.

Sin embargo, otras piezas como los lampadarios y portacandiles tenían procedencia diferente y tan sólo se encontraban en relación con un proceso evolutivo formal y tecnológico que tiene que ver con las conocidas piezas de Denia. En este mismo aspecto, hay que sospechar que la exhibición de las cajas de azófar, plata y nieladas de Lladó, Córdoba y San Isidoro de León tiene que ver con el esenciero de Albarracín, mientras que las piezas de ajedrez de Lérida tienen su entidad propia y son productos de un comercio con el mundo fatimí.

Más ninguno de estos aspectos y relaciones se enumeran en el Catálogo y estudios ofrecidos, por lo que sólo el lector avisado tiene que sacar sus conclusiones personales un tanto aventuradas y en este caso a vuelapluma.

Las piezas cerámicas sí hacen relación a los lugares mencionados y otros del entorno, ya de la Marca Superior o de Sharq-al-Andalus. En ellas y dentro de una cierta tipología formal se muestran los ejemplos más representativos de la cerámica islámica entre los siglos IX y XIII. Predominan naturalmente las piezas del Museo Provincial de Teruel y en especial algunas de loza dorada malagueña, así como las propias de la cerámica mudéjar

turolense. La numismática también tiene su especial representación en piezas turolenses y en este caso las procedentes de la ermita de S. Miguel de Alcañiz. Los manuscritos son los ya citados de Almonacid de la Sierra y las planimetrías las ya conocidas de Iñíguez, Peropadre, Mérida y Almagro.

Si bien esta es la segunda Exposición y Catálogo del Instituto Occidental de Cultura Islámica, seguimos sin saber que es lo que se pretende demostrar más allá de una difusión cultural o de una genérica idea del pasado musulmán español. Como quiera que ésta es una constante que preside muchos de estos trabajos analizados en esta reseña, es hora de pensar si no asistimos a una *cierta reconversión islámica*, en este caso *cultural* naturalmente, que pretende enfatizar en un aspecto de la cultura hispánica que nunca estuvo olvidado.

En esta misma línea haya que entender también *el Simposio Internacional sobre la Ciudad Islámica* que tuvo lugar en Zaragoza en diciembre de 1988. Los responsables de la organización del Simposio fueron José Luis Corral y Mikel de Epalza, con la colaboración de la Institución Fernando el Católico y las Universidades de Zaragoza y Alicante en sus Departamentos de Historia Medieval y Filología Árabe, respectivamente.

Los temas que tocaban al urbanismo musulmán fueron vistos desde dentro de nuestras fronteras y desde fuera por parte de algunos invitados extranjeros, si bien algunas ponencias carecían de coherencia y lo mismo se podían haber dado aquí que en un Simposio sobre Ecología, caso de la impartida por la Dra. Iskra Dandolo: «*La imaginación del agua en la ciudad ideal del futuro. Reflexiones*». Creo que el título lo dice todo, con lo que no hay que perder más tiempo en comentarios.

El primer asombro que alcanzaba al participante era la no participación de expertos en lo que llamaríamos las ciudades yermas hispanomusulmanas y que ya Torres Balbás había calificado de fósiles históricos a la hora de conocer una etapa muy definida de la historia y de la cultura islámicas. Así nada se presentó sobre Calatrava, Vascos, Guardamar, Pechina, Cieza o algunos asentamientos militares de cierta importancia como Gormaz, castillos del Guadarrama o incluso la siempre mencionada Azahra. Tan sólo los consabidos tópicos de ciudades islámicas como el caso de Toledo, Sevilla, Córdoba o Málaga. Ciudades en las que el devenir y acontecimientos han transformado radicalmente su ser y sentido urbano.

Por otro lado, si bien algunos participantes hicieron mención de alguna de estas ciudades islámicas, caso de Sebastián Fernández con relación a Marmuyas, muy pocos tocaron el tema que define a estas ciudades en cuanto a sus funciones y a sus servicios urbanos, éste sería el caso de Francisco Franco que estudió el tema del agua en algunas ciudades de Levante (Játiva, Elche, Orihuela...), aunque bueno está recordarlo, ciudades con una cierta tradición de romanidad.

Por lo que atañe a la aportación de especialistas del norte de África sobre urbanismo magrebí y tunecino el despiste era generalizado, llegándose

a no reconocer la influencia morisca española tan evidente en algunos lugares como Túnez y achacándose a relaciones con el mundo turco. En este orden de cosas, la ponencia de Gilles Veitstein sobre la ciudad otomana dio una amplia información documental y abordó el tema de la influencia administrativa, otro tanto podría decirse de las intervenciones de Pedro Chalmeta y Manuela Marín, ofreciendo una amplia información documental y legal de las propuestas urbanas del Islam.

Por su parte, Míkel de Epalza trató de interpretar los espacios y funciones de la ciudad islámica de forma general y como prólogo a una mayor puntualización arqueológica o histórico-artística. En este aspecto quien estas líneas firma trató de ofrecer una reflexión sobre la ciudad mudéjar y como uno de los hechos más constatables en el panorama español y uno de los más reales. Posiblemente las ciudades mudéjares y sus espacios o funciones sean el más claro fósil de nuestra historia medieval.

Una cierta interpretación diacrónica, por usar el lenguaje estructuralista, presidía gran parte de los trabajos, de forma que muchos de los edificios y espacios de una determinada ciudad islámica habían conocido diferentes transformaciones a lo largo de la historia y sin embargo se pretendía definir como aspecto sincrónico e inmutable. De esta manera, algunas ciudades como Toledo, La Alhambra, las ciudades aragonesas creadas por los musulmanes, Granada o Murcia fueron planteadas con mayor o menor fortuna y con una desigual discusión por parte de los participantes.

Un tema que levantó una cierta discusión fue el planteado por María Jesús Rubiera en su descripción de la ciudad de Valencia y su emparentamiento con el Irán de las Mil Columnas, ciudad arquetípica y que más que creación musulmana puede remitirse a la también arquetípica de Jerusalén.

Hasta aquí, cuanto de forma rápida y ligera sugieren unos temas de cierta actualidad en el ámbito aragonés y que nos llevan a llamar la atención sobre el arqueologismo y el medievalismo que parecen concurrir en algunos investigadores. Nunca las conversiones rápidas fueron buenas y si algo agrió las relaciones humanas y culturales en nuestra Historia fue la imposición de algunos conceptos o el comulgar con ruedas de molino. Creo honradamente que no se deben tomar posturas maximalistas, más cuando creo que no soy sospechoso de anticonverso y que también creo en la arqueología medieval y en haber demostrado más de una vez la importancia del mundo hispanomusulmán y de su cultura. Por ello desde estas líneas me atrevo, si no a tomar partido, al menos a llamar a una mayor comprensión y a la utilización de todas y cada una de las metodologías de que disponemos, así como a esperar otros puntos de vista en el futuro. Campo hay para historiadores, arqueólogos y otros especialistas, y más aún si trabajan coordinados y en equipo.

La apertura de la Calle Alfonso I

TORGUET ESCRIBANO, Nardo: *La reforma urbana en la Zaragoza de mediados del siglo XIX. Apertura de la Calle Alfonso I (1858-1868)*. Ed. del Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza. Gerencia Municipal de Urbanismo. Zaragoza, 1987. 159 págs. Ilustraciones en blanco y negro.

El libro que nos ocupa recoge parte fundamental de la Tesis de Licenciatura presentada por Nardo Torguet en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza en Septiembre de 1986. Este estudio obtuvo la primera mención de honor en la V Edición del *Premio de Investigación Ciudad de Zaragoza*, convocado por el Excmo. Ayuntamiento.

La apertura de la Calle Alfonso I fue uno de los más importantes proyectos urbanísticos llevados a cabo en Zaragoza a mediados del siglo XIX. Por sus repercusiones sociales, económicas, y por supuesto urbanísticas, merecía un detallado y minucioso estudio. Este es el objeto fundamental del libro de Nardo Torguet.

El libro se divide en cinco partes. La primera estudia el contexto histórico que enmarcó esta reforma urbana de la ciudad.

La segunda contempla un espacio geográfico considerablemente más amplio. No sólo se revisan otras actuaciones urbanísticas llevadas a cabo en otras ciudades españolas y cronológicamente contemporáneas a la apertura de la Calle Alfonso I, sino también otras importantes reformas realizadas en algunas ciudades europeas.

La tercera trata de la apertura de la calle propiamente dicha. Tras la exposición de los distintos acontecimientos sucedidos antes, durante y después de la realización del proyecto, se hace un amplio seguimiento de las expropiaciones llevadas a cabo para la consecución del mismo. De igual modo se reflejan las ordenanzas dictadas por el Ayuntamiento para las nuevas construcciones.

La cuarta parte plasma brevemente la evolución social del sector, recogiendo para ello la identidad y procedencia social de los nuevos propietarios.

Por último se extraen una serie de consecuencias urbanísticas de la apertura de la nueva vía.

El texto viene ilustrado con fotografías que reflejan distintos aspectos de la nueva calle. Se incluye también un anexo documental —donde se recogen datos de gran interés para el estudio del proyecto— y otro cartográfico —compuesto por una amplia colección de planos urbanísticos y de fachada—.

Los capítulos antes reseñados no están sin embargo tratados con el mismo acierto. Si bien el acercamiento a otros planes urbanísticos contemporáneos al de apertura de la Calle Alfonso I, resulta de gran interés y un perfecto complemento al estudio del proyecto que aquí se trata, la exposición del mismo se convierte en ocasiones en la plasmación de una serie de datos cuidadosamente ordenados.

Podemos destacar el seguimiento hecho a los nuevos propietarios. La inclusión de este apartado nos permite un acercamiento a las consecuencias de índole social y económica que la apertura de esta nueva calle produjo en la ciudad.

La última parte del libro es quizá la peor tratada. En ella y bajo el título: «Consecuencias urbanísticas de la apertura», se pretende reflejar por una parte, la tipología edificatoria de los nuevos edificios de la calle, por otra, la reforma de alineaciones de las calles adyacentes.

Las tipologías de edificación no están —a pesar del título dado a este apartado: «Tipología edificatoria» —en absoluto contempladas en el texto. En ningún momento se hace un estudio de las nuevas edificaciones y ni siquiera cualquier referencia a los elementos arquitectónicos utilizados en las mismas. La inclusión en el libro de numerosos planos de fachada y de portadas de las nuevas tiendas establecidas en la Calle Alfonso I, no hace sino subrayar la carencia que, en este aspecto, presenta el texto frente al material gráfico adjunto. Esto se debe sin duda a que Nardo Torguet es investigador de Historia Contemporánea y en cuanto a tal enfoca su estudio. Esta circunstancia demuestra la necesidad de realizar este tipo de estudios de manera interdisciplinar, colaborando para ello especialistas en Historia Contemporánea, Historia del Arte, Geografía, Arquitectura...

Finalmente podemos afirmar que la brevedad con la que se trata la reforma de alineaciones de las calles adyacentes, hace que este último apartado no sea sino un mero apunte a un estudio que podría haberse plasmado con mayor profundidad.

Sobre iconografía medieval

SEBASTIÁN LÓPEZ, Santiago: *Iconografía medieval*. Prólogo de Joan Sureda i Pons. Apéndice con el Libro I *De gemma animae* de Honorio de Autun, en traducción de Jorge Pérez Durá. Edt. Etor, Donostia, 1988. 512 págs. Ilustraciones.

Los estudios sobre iconografía han recibido en estos últimos años un notable impulso en nuestro país. Así en el año 1984 aparecen los *Estudios de iconografía medieval española*, en edición de Joaquín Yarza Luaces, recogiendo seis trabajos de doctorado impulsados por Yarza desde la Universidad Autónoma de Barcelona. Al mismo tiempo la revista *Anthropos* dedicaba el n.º 43 (1984) de su Boletín de información y documentación al profesor Yarza, en el que el apartado de documentación monográfica versaba sobre Iconografía e iconología.

Desde entonces la atención a los estudios sobre iconografía ha ido en progresivo aumento. Los profesores José Manuel Pita Andrade y José Álvarez Lopera, desde la Fundación Universitaria Española, han impulsado dichos trabajos, primero dedicándoles la Serie iconográfica de los *Cuadernos de Arte de la Fundación Universitaria*, posteriormente promoviendo los *Coloquios de Iconografía*, celebrados en Madrid del 26 al 28 de mayo de 1988, y por último en el mismo año 1988 alumbrando la revista *Cuadernos de Arte e Iconografía*, desde el Seminario de Arte Marqués de Lozoya de la Fundación Universitaria Española. Otro logro reciente en este campo de investigación ha sido la creación del *Instituto de Estudios Iconográficos EPHIALTE*, promovido por el profesor Jesús María González de Zarate desde el ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz, que ya ha convocado para los días 2 al 5 de mayo de 1989 el congreso sobre «La literatura en las artes», con la creación de la revista *Lecturas de Historia del Arte*. Y esta referencia se limita tan sólo a aquellas actuaciones más institucionalizadas ya que los trabajos monográficos así como la propia asignatura en los diferentes Departamentos de Historia del Arte en la universidad española desbordan nuestro propósito, que no es otro sino contextualizar la obra del profesor Sebastián, aquí comentada.

No obstante, supongo que no se me tildará de localismo si desde esta revista *ARTIGRAMA* proclamo el excelente trabajo que en la Universidad de Zaragoza está desarrollando el profesor Juan Francisco Esteban Lorente, tanto en sus investigaciones personales cuanto en el impulso de la asignatura de *Iconografía*, incluida en los planes de estudio de la universidad aragonesa recientemente.

Pionero de toda esta renovación metodológica es el profesor Santiago Sebastián López, cuya personalidad científica es sobradamente conocida en el panorama de la Historia del Arte en la universidad española actual, y de cuya vasta producción ya me ocupé personalmente en un ensayo sobre *La historia del arte hoy*, aparecido en el n.º 2 (1985) de esta misma revista *ARTIGRAMA*, por lo que no redundaré ahora en lo allí expuesto.

La infatigable tenacidad del profesor Sebastián, que tanto admiro, nos ha sorprendido de nuevo en este año 1988 con esta voluminosa *Iconografía medieval*, obra que, según se desprende de las palabras introductorias a cargo del profesor Joan Sureda i Pons, parece que inicialmente estaba pensada como *Iconografía y mensaje del arte medieval*, quedando finalmente reducida a este título más breve y rotundo. Se advierte que el motivo del presente libro ha sido el cumplirse ya una década de la publicación de otra obra anterior del profesor Sebastián, la titulada *Mensaje del arte medieval* (Córdoba, Ediciones Escudero, 1978), que en su momento tuvo notable resonancia. Conociendo el pundonor profesional del autor, con quien me une, como es sabido y no sólo por paisanaje, una entrañable amistad, estimo que Santiago Sebastián ha eludido la actitud perezosa de una mera reimpresión, con la que otros nos hubiéramos conformado, acometiendo esta nueva redacción revisada y extraordinariamente ampliada, tanto a partir de la reestructuración de otros textos suyos, cuanto de la adición de nuevos epígrafes y capítulos, que han doblado con creces el volumen germinal al que me he referido.

Aún reconociendo, por profano en la materia iconográfica, la dificultad de realizar una adecuada y objetiva valoración de obra tan ambiciosa como la que comento, supongo que será unánime el reconocimiento no sólo de las extraordinarias dotes de trabajo intelectual del profesor Sebastián sino también del arrojo científico necesario para afrontar en nuestros días estas empresas de síntesis, tan necesarias para los alumnos, y que todos sabemos en qué medida desbordan ya las posibilidades de un investigador aislado. Probablemente nunca los estudios sobre arte hayan avanzado tanto monográficamente, máxime en el ámbito particular de las diferentes comunidades autónomas, y sin embargo nunca hemos carecido tan acusadamente de excelentes síntesis como en nuestros días, y ello a pesar del evidente esfuerzo editorial en este sentido. Si a ello se añade el excelente momento actual de los estudios sobre iconografía, circunstancia que enfatizábamos al comienzo de esta crítica, se convendrá en el interés y dificultad del tema elegido por el profesor Sebastián.

La obra del profesor Sebastián ofrece un carácter casi enciclopédico sobre el tema de la iconografía medieval, ya que arranca de San Isidoro y de la consideración de la herencia del mundo antiguo para alcanzar hasta los aspectos profanos del amor cortés, dedicando el núcleo central de la misma a la iconografía capital de los siglos XII y XIII. La admiración del autor por la obra ya clásica en el tema de Emile Mâle queda patente tanto

en el planteamiento general cuanto en bastantes análisis pormenorizados. Pero el camino recorrido por los estudiosos de la iconografía medieval ha permitido profundizar y matizar las apreciaciones de Mâle en casi todos los momentos de la Edad Media, por lo que replantearse de nuevo una visión de conjunto ha exigido al autor un trabajo global, cuya valoración particular desde los diferentes ámbitos de especialidad habrán de abordar personas más dedicadas al tema que este firmante. Personalmente entiendo que el intento valía la pena y ahí quedan los resultados abiertos a la crítica.

No obstante, desde el punto de vista de una persona no especialista, y que mantiene un interés general por la historia del arte en todos sus aspectos, no sólo aplaudo con entusiasmo el hecho de que se aborden este tipo de síntesis sino que incluso voy a atreverme a señalar dos aspectos que estimo más endebles en la metodología utilizada por el profesor Sebastián, aspectos que en ocasiones quedan descuidados por la propia metodología iconográfica.

La primera observación, que me atrevo a formular sin ánimo de polémica, está planteada desde el punto de vista de la metodología formalista. Bien es cierto que a comienzos del presente siglo el formalismo wölffliniano afectó negativamente a los estudios de iconografía al reducir el tema a un mero pretexto dentro de la obra artística. Pero ahora parece que por una especie de movimiento pendular nos hayamos situado en el extremo opuesto, olvidándonos de la forma en la obra de arte. Y no sólo me estoy refiriendo al simbolismo inconsciente que el análisis formal de la obra artística puede desvelar, sino al hecho de que el pensamiento de una época, la iconografía, es decir, la selección de las imágenes para expresar ese pensamiento, y el estilo artístico, o sea, la plasmación plástica de esas imágenes, son tres aspectos que no pueden desligarse en el análisis de la obra artística. Forma y significado van intrínsecamente unidas en la obra artística, por lo que los estudios sobre iconografía no pueden omitir el análisis del soporte formal que hace posible la imagen, ni dejar fuera de su consideración la función que dicho soporte formal cumple en cada momento.

Creo que aún se puede ir más lejos en esta exigencia del método formalista con respecto a la iconografía, y algunos eminentes estudiosos de la iconografía así lo han reconocido y practicado. Me refiero a que ni siquiera la evolución iconográfica, es decir, la problemática de la transmisión de las imágenes y su transformación o transmutación, puede contemplarse sin tener en cuenta al mismo tiempo la evolución estilística, es decir, las transformaciones formales.

Y este problema de la evolución iconográfica me conduce a la segunda de las observaciones que deseaba formular a propósito de la ingente obra del profesor Sebastián. Me refiero al decisivo peso que en la concepción general de este libro ha tenido una de las etapas de la iconografía cristiana medieval, precisamente la que ha sido denominada como etapa del arte enciclopédico occidental, que nos ofrece una visión cristiana del cosmos

perfectamente coherente e integrada. Sin duda esta visión perfectamente ordenada, tal como cristalizó en el siglo XIII, es una fuerte tentación metodológica para la consideración de la iconografía como fenómeno de larga duración. Pero la iconografía medieval ha de matizar, si quiere ser útil interdisciplinariamente y no servirse sólo a sí misma, el desarrollo diacrónico de los temas analizados.

Probablemente, como sucede con casi todas las observaciones que pueden hacerse a trabajos de conjunto, como el que aquí nos ocupa, éstas son más fáciles de enunciar que de llevar a la práctica, y lo aquí apuntado no haya de entenderse más que como desconocimiento del profano que ignora la dificultad de sus propuestas. En todo caso creo que queda patente la consideración que el firmante y la revista *ARTIGRAMA* tienen para esta nueva obra del profesor Sebastián, que ha de constituir un imprescindible instrumento de trabajo en nuestras aulas universitarias.